

El bastión contra el islam

Solimán, rey de los árabes, decía: «No cejaré en la lucha contra Constantinopla hasta que logre introducirme a la fuerza en ella o provoqué la destrucción de todos los dominios de los árabes».¹

Crónica de Dionisio de Tel-Mahre, siglo IX

En el siglo VII, Bizancio casi fue destruida por las tribus del desierto que surgieron de la península Arábiga para invadir el Mediterráneo oriental. Este inesperado reto vino a añadirse a casi una década entera de guerra con Persia en la década de 620 y a las persistentes incursiones eslavas en las provincias de los Balcanes. Sus consecuencias fueron tan graves que en la década de 660 el emperador Constante II abandonó Constantinopla por la seguridad de Sicilia. Algunos senadores, no obstante, se negaron a dejar la capital bizantina, y su confianza en la capacidad de resistencia del imperio se vería confirmada por un gran triunfo sobre los árabes en 678. Pese a ello, este turbulento período vino a transformar el antiguo mundo romano, y el establecimiento de un califato islámico en Damasco crearía un rival permanente para la Bizancio cristiana.

Para entender este devastador cambio (o triunfo, según el punto de vista), debemos considerar los acontecimientos de finales del siglo VI y comienzos del VII. Bajo el reinado del emperador Mauricio (582-602), las amenazas simultáneas de los eslavos en los Balcanes y de los persas en el este llevaron al límite la capacidad defensiva de Bizancio. En la década de 580, tribus eslavas y ávaras cruzaron la

frontera del Danubio y tomaron importantes ciudades fortificadas como Singidunum (actual Belgrado), lo que les permitió desplazarse hacia el sur con sus familias y sus rebaños en busca de mejores pastos. A comienzos del siglo VII sitiaron Tesalónica, cuyo santo patrón Demetrio se afirmaría que resultó crucial para evitar su caída. Extensas regiones de los Balcanes, Grecia y el Peloponeso occidental fueron poco a poco conquistadas y excluidas temporalmente del control imperial. El resultado inmediato de esta presión fue que en el invierno de 602 las tropas romanas se negaron a avanzar al norte del Danubio, marcharon sobre Constantinopla y derrocaron al emperador

Poco después de este golpe de Estado, los persas cruzaron la frontera oriental y devastaron las principales ciudades de Asia Menor. En una situación de extrema confusión, el Senado de Constantinopla apeló al exarca de Cartago, que envió a su hijo Heraclio y a su sobrino Nicetas con un contingente militar para restablecer el orden en Bizancio. Pero nada podía detener los ataques persas: Antioquía sucumbió, y Jerusalén fue salvajemente saqueada en 614. Tras producirse una matanza de la población local, el patriarca y los cristianos que todavía quedaban huyeron llevándose consigo la reliquia de la Vera Cruz, aunque solo para acabar cautivos de los persas; una cautividad que ellos compararían con la de los israelíes en manos de los babilonios. En 619, los persas ocuparon Alejandría e impidieron que la flota de transporte de cereal zarpara con rumbo a Constantinopla.

Con la ayuda del patriarca Sergio (610-638), que le coronó emperador en 610, Heraclio concentró toda su atención en derrotar a Persia. Durante más de diez años se dedicó a mejorar las fuerzas de combate bizantinas y a elaborar nuevas estrategias, que luego se utilizaron en la prolongada campaña de 622-628, en la que pasó años enteros lejos de la capital, forjando alianzas con las tribus del Cáucaso y planificando profundas incursiones en territorio persa. Durante su ausencia, no obstante, los persas hicieron causa común con los ávaros, que ahora dominaban a sus aliados eslavos, y avanzaron hasta las orillas del Bósforo. El asedio de 626 representó un momento decisivo en la historia del imperio, tal como ya vimos en el capítulo 2. Los bi-

zantinos creyeron que la Madre de Dios en persona había defendido la ciudad y que esta había pasado a estar bajo su especial protección.

Menos de dos años después, Heraclio marchó sobre Persia desde el norte y tomó la importante ciudad de Nínive, obligando a Cosroes II a huir de Ctesifonte a Dastgerd. En 628, el «sha de shas» fue derrocado, su palacio saqueado y la Vera Cruz recuperada, al tiempo que hubo que quemar una gran parte de su botín porque el ejército no podía acarrearlo. El anuncio oficial de la victoria fue enviado a Constantinopla y el patriarca lo leyó ante la población congregada en Santa Sofía: «Que todos los cristianos den gracias al único Dios... ya que ha caído el arrogante Cosroes, adversario de Dios». Luego pasaba a describir el regreso del ejército desde Persia, y concluía: «Tenemos confianza en nuestro Señor Jesucristo, el bueno y todopoderoso Dios, y en nuestra señora la Madre de Dios, que dirigirán todos nuestros asuntos según su bondad».² Probablemente, Heraclio restituyó la Vera Cruz a Jerusalén en la primavera de 630, antes de volver finalmente a la capital imperial, donde se celebró una gran ceremonia triunfal. El patriarca Sergio, el joven príncipe Heraclio Constantino y toda la población salieron a recibirle y le acompañaron hasta la ciudad «bailando de alegría», según la expresión que registra Teófanos en su *Crónica*.

Mientras tenía lugar esta culminación de las hazañas de Heraclio, el profeta Mahoma moría en Arabia (632), y la derrota definitiva del enemigo más serio de Bizancio coincidiría con el nacimiento de otro enemigo nuevo: los persas zoroástricos se verían reemplazados por los árabes musulmanes. Llevados por la confianza posterior a la victoria, los funcionarios imperiales negaron el tributo que tradicionalmente pagaban a las tribus que custodiaban las lindes del desierto y que hasta entonces habían actuado como un sistema de alerta anticipada. Bizancio quedó, pues, completamente desprevenida ante una posible invasión por el sur. En las provincias recuperadas de Siria, Palestina y Egipto, las autoridades militares establecidas por Heraclio a partir de 630 se vieron cogidas por sorpresa, al tiempo que se quedaban desconcertadas ante el coherente desafío militar representado por las tribus árabes, a las que Mahoma había logrado unir después de un largo período de luchas intertribales.

La muerte del Profeta no hizo sino confirmar la determinación de los árabes de extender la dominación islámica por todo el mundo conocido. Adoptaron el año de la huida de Mahoma (*hégira*) de La Meca a Medina (622 de nuestra era) como el primero de su propio calendario lunar, y empezaron a fechar las conquistas que siguieron a partir de aquel año (a. H., o «año de la Hégira»). Utilizando camellos acostumbrados al desierto, desarrollaron fructíferas tácticas militares basadas en incursiones rápidas y una eficaz tecnología de asedio. Las grandes ciudades de Oriente Próximo cayeron en rápida sucesión: Damasco en 634, Gaza y Antioquía en 637, y Jerusalén en 638. En la batalla del río Yarmuk, en el norte de Siria, librada en 636, Heraclio sufrió una terrible derrota. A continuación se retiró a Antioquía, pero se vio obligado a abandonarla en manos de los árabes. Aunque nadie en Constantinopla imaginaba que aquellas enormes pérdidas serían permanentes, lo cierto es que resultaría imposible recuperarlas. En 661 los musulmanes establecieron su capital en Damasco y empezaron a realizar campañas anuales contra Bizancio.

En el curso de una sola década (632-642), los árabes habían ocupado Siria, Palestina y la provincia más rica de Egipto, incluyendo los Santos Lugares cristianos de Jerusalén y Belén. Aquello representó un importante punto de inflexión en la historia bizantina. Los árabes habían conquistado alrededor de las dos terceras partes del territorio imperial, y tenían la intención evidente de apoderarse del resto, ya que seguían decididos a proseguir su expansión a través de Asia Menor y la costa del norte de África. En ese proceso estuvieron a punto de acabar con Bizancio. La conquista de Jerusalén infligió una profunda humillación al prestigio cristiano, mientras que la de Egipto puso fin a un sistema económico construido por la Antigua Roma y heredado por la Nueva. Utilizando su dominio de la astronomía práctica para viajar a través del desierto, los árabes se adaptaron al mar sin mayor dificultad y empezaron a atacar las islas y las costas del imperio.

Por sus contactos comerciales con los habitantes de Oriente Próximo, los líderes árabes sabían que el Imperio romano había tenido una gran historia; ellos aspiraban a recrear su antigua unidad a través del Mediterráneo, pero bajo su propio control. Para los histo-

riadores occidentales puede que aquello pareciera «el estancamiento de la civilización cristiana», pero los árabes lo veían de manera distinta. El islam había reemplazado al cristianismo del mismo modo en que este había reemplazado al judaísmo y había proscrito los cultos paganos, y ahora se instaba a todo el mundo a convertirse a esta revelación final de Dios. Pero los árabes tenían que conquistar la Nueva Roma antes de poder avanzar hacia la Antigua, y Bizancio resultaría ser el escollo que vendría a frustrar su tentativa inicial de conquistar todo el mundo conocido.

Las ambiciones de los árabes se vieron confirmadas por su destrucción del Imperio persa: Ctesifonte, Tikrit, Nínive, Isfahán y Persépolis fueron conquistadas todas ellas en 648, al tiempo que las nuevas guarniciones establecidas en Kufa, Basora y Mosul servirían de base para posteriores conquistas. Los árabes combinaron un ataque por el este sobre Kabul, en Afganistán (664), con un avance por el oeste a través del norte de África hasta Kairuán (670), cerca de Cartago. En 711 cruzaron el río Oxus para tomar Bujara y Samarcanda, y el estrecho de Gibraltar para invadir la península Ibérica. Las mezquitas de azuladas tejas de Samarcanda y Taskent, junto con las grandes mezquitas de Kairuán y Córdoba, simbolizan el alcance de esta expansión. Desde su base en Arabia, la nueva religión del islam no solo vino a reemplazar al cristianismo en su territorio natal, sino que también pasó a controlar toda la extensión —más amplia— del mundo conocido.

Ya desde la década de 1930, cuando el gran historiador belga Henri Pirenne señaló la trascendencia de la expansión árabe con la memorable frase de «Sin Mahoma, Carlomagno resulta inconcebible», se ha vinculado al islam con el nacimiento de Europa. Pirenne afirmaba que la alteración musulmana de las antiguas pautas comerciales, que habían unido todas las orillas del Mediterráneo, forzó al norte de Europa a desarrollar su propia base económica independiente del sur. Los contactos a través del mar del Norte con Gran Bretaña y Escandinavia llevarían a la larga al surgimiento de la Liga Hanseática que uniría Alemania con las regiones bálticas. Pirenne, sin embargo, no reconocía el papel desempeñado por Bizancio a la hora de evitar que la expansión musulmana prosiguiera a través de

Asia Menor y los Dardanelos, penetrando en Europa. En lugar de analizar cómo luchó el imperio por su existencia, dio por sentado su papel a la hora de proteger a Occidente. Pero si Constantinopla hubiera caído en manos de los árabes a mediados del siglo VII, estos habrían empleado sus grandes riquezas y su poder imperial para avanzar directamente hacia Europa. La arremetida de las primeras conquistas musulmanas se habría repetido en los Balcanes y más aún al oeste, donde los pueblos eslavos y germánicos no habrían sido capaces de resistir. Y sin este entorno cristiano, seguramente también Roma se habría convertido. Sin Bizancio, Europa tal como la conocemos resulta inconcebible.

Bizancio sobrevivió. Pero habría de negociar con un nuevo enemigo que había provocado un cambio permanente en el mundo de la Antigüedad tardía; un enemigo al que no podía ni derrotar ni asimilar. En lugar del dominio romano en todo el Mediterráneo, una triple división dio lugar a un Sur islámico, un Oriente cristiano bizantino y un Occidente cristiano latino. Sin duda, las largas guerras libradas entre Bizancio y Persia habían debilitado las dos viejas estructuras imperiales, creando un vacío parcial en el que ahora se movían los árabes maximizando su energía para nuevas campañas. Pero la conquista árabe, impulsada inicialmente por las presiones económicas en Arabia, se lo debe casi todo a la nueva religión del islam, un término que significa «sumisión» (a la voluntad de Alá). Las revelaciones de Mahoma, que se identificaba a sí mismo como el «último profeta de Dios», unieron a los guerreros del desierto bajo una vigorosa aunque estricta bandera. Sus máximas fueron los primeros textos escritos en árabe, en contraste con la rica poesía oral de quienes hasta entonces habían adorado a numerosos ídolos. El Corán, escrito en árabe clásico, no es solo el primero, sino también un hermoso ejemplo de aquella lengua previamente hablada. Así, las tribus árabes se convertían en un pueblo elegido, que había recibido el mensaje definitivo de Dios y lo había registrado en su propia lengua. La insistencia en el monoteísmo y el culto espiritual en unos rituales fáciles de dominar inspiraba a los creyentes, disciplinaba a los conversos, por más reticentes que fueran, y proporcionaba a todos los adeptos el nuevo sentimiento de tener un fin común.

Aunque la guerra santa, la *yihad*, no constituía uno de los cinco pilares del islam (estos eran la profesión de fe, la oración diaria, la peregrinación, el ayuno en el mes del Ramadán y la limosna), pronto se convirtió en un rasgo característico de la nueva fe. Los miembros de las tribus árabes que participaron en la primera gran oleada de conquistas necesitaban partidarios y fuerzas adicionales para sostener sus campañas al este y al oeste. Inicialmente, los guerreros, a los que se pagaba y alentaba mediante el botín, vivían en guarniciones separadas de la población conquistada. A los judíos y cristianos, los denominados «pueblos del Libro» (esto es, del Antiguo Testamento), se les permitió conservar su religión con tal de que pagaran impuestos extra bajo el dominio del islam; pero muchos de ellos se convirtieron. Como han mostrado Patricia Crone y Michael Cook, la historia de este asombroso proceso ha de reconstruirse a partir de los relatos contemporáneos externos, dado que casi todos los registros árabes datan de varios siglos después y mantienen notables aspectos míticos.

A la larga, las campañas árabes se extenderían más allá de los conocimientos geográficos que nadie poseía en el siglo VII. Es difícil para nosotros percibir con qué rapidez se llevó la religión del islam desde Arabia hasta los confines del mundo conocido. En 712, los árabes tomaron la capital visigoda de Toledo y crearon un estado musulmán en la península Ibérica. Cuarenta años después, derrotaban a las fuerzas chinas en Talas (Sogdiana), asegurando así la difusión del islam a través de Asia central. Este nuevo mundo estaba unido por caravanas de camellos que seguían rutas que atravesaban el desierto desde Ceuta hasta Extremo Oriente. Pero el ardor desértico de la guerra santa estaba reñido con las seducciones urbanas que traía la ocupación, y los combatientes empezaron a establecerse en las ciudades, a casarse con lugareñas y a perder su identidad tribal. Casi de manera inevitable, este proceso generaría divisiones y guerras civiles.

Mucho más al principio de sus campañas, sin embargo, cuando los árabes trataban de conquistar Bizancio, se vieron detenidos por los escarpados montes Tauros, que separan Asia Menor del continente asiático propiamente dicho. Bizancio se convirtió en una zona fronteriza, en la barrera entre el cristianismo y el islam, entre Europa y Oriente Próximo. En el apogeo del poder árabe, de 660 a 740,

el imperio hubo de batallar con constantes incursiones anuales a través de los montes Tauros, y además hubo tres grandes campañas dirigidas contra Constantinopla por tierra y por mar. Como declaraba el califa Solimán (715-717), Constantinopla era un gran trofeo, y en el año 717 estaba decidido a conseguirlo. Su derrota, tras doce meses de asedio, resultaría de vital importancia para la supervivencia de Bizancio. Los árabes fueron rechazados, y sus ambiciones de hacer de Constantinopla la base de su posterior expansión se vieron frustradas.

Por su parte, los árabes establecidos en la península Ibérica descubrirían que los Pirineos marcaban el límite de su expansión occidental. En 733, cuando trataban de avanzar más al norte, un combinado de fuerzas francas al mando de Carlos Martel (es decir, «el Martillo») les derrotó cerca de Poitiers y les obligó a retroceder. Permanecerían detrás de aquella frontera natural durante los setecientos años siguientes, generando una sociedad extremadamente refinada en España, especialmente en Andalucía. Dos cordilleras montañosas marcaron, pues, los límites de la conquista musulmana del mundo romano, y ambas fronteras se mantendrían inamovibles durante siglos. En el año 800 surgió en Occidente una nueva sociedad cristiana, que identificó su territorio como «Europa», mientras que en Oriente era Bizancio el garante de dicha fe. Ambas florecieron fuera de los recién establecidos límites de la expansión islámica, a la que poco a poco irían haciendo retroceder.

En el extremo oriental del mundo mediterráneo, Jerusalén había pasado a manos musulmanas: el patriarca Sofronio prefirió entregar la ciudad a Umar, el segundo califa (o sucesor del Profeta) árabe (634-644) antes que permitir una nueva edición de la profanación y la matanza realizadas por los persas en 614. En el Corán, Jerusalén aparece como la ciudad desde la que Mahoma fue transportado al cielo tras una milagrosa visita nocturna desde Arabia. La roca donde había ascendido, en el monte del Templo, fue circundada por un edificio. En 691-692, el califa Abd al-Malik lo reemplazó por un santuario más hermoso, la Cúpula de la Roca, cuyo interior está decorado con mosaicos de estilo bizantino, los cuales, aunque realizados por artesanos bizantinos, transmiten un mensaje puramente islámico. Los versos del Corán en árabe, proclamados en una franja

sobre imágenes absolutamente no figurativas de jardines idílicos, árboles, flores y urnas ornamentales, se dirigen contra los bizantinos:

El mesías, Jesús, hijo de María, fue solo un mensajero de Dios y de Su palabra que Él transmitió a María, y un espíritu emanado de Él. Así pues, cree en Dios y en Sus mensajeros, y no digas «tres» [una referencia a la Trinidad cristiana]: abstente, es mejor para ti.³

Este monumento simboliza el decisivo cambio de poder y de observancia religiosa en Oriente Próximo.

Solo se conservan registros indirectos de la reacción bizantina contemporánea, en apocalípticas historias sobre el fin del mundo que dan a entender que los árabes son los precursores del Anticristo. Basándose en antiguas predicciones, como el Libro de las Revelaciones, estos relatos reinterpretan la historia del último emperador romano que iría a Jerusalén y colgaría su corona para significar el fin de los tiempos. En una de estas versiones, la columna de Constantino situada en su Foro en Constantinopla sería el último monumento que sobreviviría a la crecida de las aguas que destruiría la tierra. Tomando prestado el nombre de Metodio, obispo de Patara, que se supone que escribió un Apocalipsis en sirio, estos textos pseudometodianos reflejan la inquietud que provocaba en los cristianos del siglo VII la posible conquista árabe de su capital.

Y esa era de hecho la intención de los musulmanes; pero tal cosa no sucedió. La resistencia bizantina se inspiró en su fortaleza militar, dinástica, cultural y religiosa. Las gigantescas murallas de Constantinopla, sus fosos y sus defensas costeras, generaron una profunda confianza entre los habitantes de la ciudad, inspirada asimismo en su fe en el respaldo de la Madre de Dios; a su vez, este elemento proporcionó la vital inversión humana necesaria para mantener las murallas que aseguraban la inexpugnabilidad de la ciudad. La fuerza interior del imperio se alimentaba de su devoción cristiana, en su creencia de que era Dios quien concedía las victorias militares bizantinas y de que, por medio de la oración sincera, Él seguiría protegiéndoles.

Detrás de la barrera natural de los montes Tauros, las pocas tropas que quedaban de las provincias de Oriente Próximo fueron rea-

grupadas y estacionadas en diversas zonas de Asia Menor. En lugar de los tradicionales métodos militares romanos de reclutamiento y salario, poco a poco se fue desarrollando un nuevo sistema al que hoy clasificamos como «medieval»: a las fuerzas combatientes se les asignaban tierras en una determinada región militar, o tema (en griego, *thema*; plural, *themata*), donde vivían sus familias y donde los soldados se equipaban para las anuales campañas de verano. Los tres primeros de dichos temas, identificados como Anatolikon (oriental), Armeniakon (armenio) y Opsikion (del latín *obsequium*, un término empleado para designar a los partidarios militares), parecen haber surgido en el período c. 630-680. Poco después se crearon Thrakia (Tracia, la zona situada al oeste de Constantinopla), Thrakesion (en la parte occidental de Asia Menor) y un tema naval situado en la costa meridional de Asia Menor y denominado Kibyrraioton (con sede en la ciudad portuaria de Antalya). Una fuerza naval independiente (*Karabisianoí*) siguió patrullando las aguas del Egeo, pero no parece que llegara a formar un tema.

En estas nuevas unidades de gobierno militar, el general (*strategos*) combinaba todos los poderes. Los funcionarios civiles se subordinaban a su autoridad, y su principal función estaba relacionada con el reclutamiento de soldados, cuyos nombres se registraban en listas militares (*katalogoi*). Aparte de este aspecto esencial, su tarea consistía en medir la tierra, y calcular, registrar y recaudar impuestos en todo el territorio que estaba bajo el control imperial. Esta sería la base de la administración bizantina hasta el final del imperio, ochocientos años después. Pero el establecimiento de la nueva administración provincial requirió varias generaciones, y no evitó las incursiones regulares por parte de las fuerzas musulmanas desde Damasco. Bizancio había tenido que cambiar su método de financiación y organización de la defensa militar, adaptando su sistema de gobierno a una menor escala. Tendría que hacer frente a la pérdida de Egipto, que durante siglos había suministrado el trigo necesario para alimentar a la metrópolis, así como de las prósperas regiones y ciudades de Siria y Palestina. Este decisivo cambio modelaría toda la historia posterior y contribuiría a definir la Bizancio medieval. A pesar de tales mermas, Bizancio seguiría acuñando una moneda de oro fuerte y

manteniendo su sistema jurídico. El derecho romano se tradujo al griego, al tiempo que el emperador abandonaba su designación latina, *imperator*, en favor de la griega, *basileus*. Heraclio también promulgó nuevas leyes y reformó la moneda de cobre.

A mediados del siglo VII, los árabes navegaron hasta Chipre, Cos y Rodas, que cayeron bajo el control musulmán. Desde estas bases los árabes recorrieron el Egeo, haciendo incursiones en las islas y poblaciones costeras, a veces para talar madera a fin de utilizarla en la construcción de barcos. En 655 derrotaron al joven emperador Constante II (641-668), nieto de Heraclio, frente a las costas meridionales de Asia Menor. Luego, en 662, este decidió trasladar su corte al entorno, más seguro, de Siracusa, en Sicilia. El *Libro de los pontífices* romano describe que Constante visitó Roma, fue ceremoniosamente recibido por el papa Vitaliano, y ofreció regalos a sus iglesias, incluyendo un palio (una pieza de ropa griega) dorado, que depositó en el altar de San Pedro:

Permaneció en Roma doce días; dismanteló todas las decoraciones de bronce de la ciudad; quitó las tejas de bronce del techo de la iglesia de Santa María *ad martyres* ... Entró en Sicilia, y vivió en Siracusa. Impuso tal aflicción al pueblo ... durante inacabables años ... como nunca antes se había visto. El 15 de julio, en la duodécima indicción, el llamado emperador fue asesinado en su baño ⁴

Cuando un pretendiente reclamó el trono, el Senado de Constantinopla de inmediato hizo coronar emperador al hijo mayor de Constante con el nombre de Constantino IV (668-685), y Siracusa recuperó su estatus provincial. Sicilia y el sur de Italia permanecieron bajo el dominio imperial, aunque en el transcurso del siglo IX la isla acabaría poco a poco sucumbiendo a la conquista árabe. Sin embargo, mucho después de la derrota militar que allí sufrió Bizancio, algunos tribunales seguían registrando sus sentencias en griego, había personas que seguían fundando monasterios ortodoxos, y los talleres artísticos copiaban manuscritos griegos al estilo bizantino.

Desde el comienzo del reinado de Constantino IV, Constantinopla fue asaltada por persistentes ataques árabes; en una campaña

que duró cinco años, los sitiadores pasaban el invierno en Kizikos y atacaban a la marina bizantina cada verano. En aquellas batallas, por primera vez se utilizó eficazmente el «fuego griego» para destruir los barcos enemigos. Finalmente, en 678, Constantino IV invirtió la tendencia de las conquistas musulmanas, no solo al demostrar lo fuertemente defendida que estaba su capital, sino también al persuadir a los mardaitas, unas tribus montañosas independientes del Líbano, de que atacaran a los árabes. Impuso entonces un tratado de paz de treinta años al califa Muawiya, que aceptó pagar un tributo anual de tres mil piezas de oro, cincuenta cautivos y cincuenta caballos de pura sangre. De esa manera, el emperador puso fin a lo que había parecido una campaña imparable contra el imperio, si bien posteriormente el califa Abd al-Malik (685-705) reanudaría los ataques. Constantino IV negoció acuerdos favorables con los lombardos en Italia y con los ávaros en Europa central, y restauró las buenas relaciones con Roma. Apartando a sus hermanos del poder, insistió en que fuera su hijo Justiniano II quien le sucediera.

Este punto de inflexión en las relaciones arabo-bizantinas permitió a Constantino IV desplazar su atención de la amenaza musulmana hacia otra amenaza, muy distinta, que planteaban los eslavos en las provincias occidentales. Aunque también ellos eran capaces de asediar grandes ciudades, tendían a establecerse en tierras productivas desde una perspectiva agraria, en grupos identificados por Teófanos como *sklaviniat*. Su infiltración gradual a través de los Balcanes había obligado a numerosas comunidades autóctonas a huir a ciudades fortificadas, cumbres montañosas e islas. En 584 se fundó Monemvasia, la ciudad «de una sola entrada», en un saliente rocoso unido al Peloponeso por una única calzada. La población de Argos huyó a Orove, una isla situada en el golfo Sarónico (actual golfo de Egina), mientras que los habitantes de Patras cruzaron el mar hasta Sicilia. Tanto el nivel de arraigo eslavo, que puede verse en topónimos y evidencias arqueológicas, como su escala temporal siguen siendo objeto de debate. Pero a la larga casi todos los eslavos se convertirían en bizantinos, ya fuera por la fuerza militar, ya por la interacción comercial y social.

En este proceso de incorporación y conversión, el nuevo siste-

ma de administración y la Iglesia desempeñaron un significativo papel. En 695, Hellas, la Grecia central, constituía su propio tema, con su general y su estado mayor, que respaldaba al clero local (por ejemplo, los obispos de Atenas y Corinto) a la hora de mantener las tradiciones ortodoxas en parroquias y monasterios. Inicialmente a través de sus contactos comerciales, los eslavos aprendieron griego y poco a poco fueron asimilándose al imperio, sirviendo en el ejército, adoptando el cristianismo y pagando sus impuestos a Constantinopla, como los demás súbditos imperiales. Su conversión cultural fortaleció a Bizancio y profundizó la identidad cristiana del imperio.

Los nombres o los orígenes eslavos aparecen anotados en las fuentes documentales de una forma bastante neutra: Nicetas, patriarca de Constantinopla (766-780), era un eunuco eslavo; Tomás el Eslovo fue un general militar que aspiró al título de emperador. Epítetos como este entran en la categoría de las etiquetas derivadas del origen geográfico de una persona, de sus rasgos personales o de su oficio, que en Bizancio solían ser objeto de chanza. A los llamados Paflagonios (oriundos de Paflagonia) se les solía caricaturizar como sucios comedores de cerdo, mientras que también podía ridiculizarse a los Simokattes («nariz chata»), Sarandapechys («cuarenta codos», es decir, de elevada estatura) o Podopagouros («pies de cangrejo»). El desarrollo de los apellidos, no obstante, marcó un proceso social que vino a otorgar una identidad más fuerte a los individuos, incluso si eran humildes. En el siglo XI, el patriarca Miguel Cerulario (es decir, «cerero») tenía rango senatorial, pero sin duda debió de haber cereros entre sus antepasados. En la amplia visión de la historia medieval, este temprano y generalizado uso de los apellidos diferencia a Bizancio de otros estados, como una sociedad con una desarrollada conciencia de la importancia de la genealogía y las relaciones personales.

En el proceso de transformar a los eslavos en bizantinos, también la Iglesia desempeñó un papel vital al expandir los obispados y construir templos. Fue un proceso largo e irregular, marcado por contratiempos como el sitio de Patras en 806, cuando unos piratas árabes se unieron a rebeldes eslavos para amenazar la ciudad. Gracias a la milagrosa intervención del santo local, Andreas, además de la de un

general establecido en Corinto, los sitiadores fueron derrotados. Los griegos que originariamente vivían en Patras, y que habían huido a Sicilia, fueron invitados por su obispo a regresar a la urbe a fin de repoblarla. Sabemos por los textos de un erudito del siglo IX, Arethas, que sus padres se encontraban entre los que regresaron.

Además de convertir a las tribus eslavas al cristianismo, los patriarcas de Constantinopla trataron asimismo de imponer una creencia ortodoxa más uniforme. Durante las invasiones persas de 611-619, muchos cristianos monofisitas de las provincias orientales, que se negaban a aceptar el Concilio de Calcedonia (451), no habían apoyado a las fuerzas imperiales, argumentando que un régimen zoroástrico sería más tolerante que el bizantino. Las controversias religiosas se traducían en problemas políticos. Utilizando definiciones concebidas para ganarse a aquellas comunidades monofisitas, el patriarca Sergio I y su sucesor, Pablo II, promulgaron sendas declaraciones teológicas en 634, 638 y 648, que extendieron el debate sobre las dos naturalezas de Cristo a la cuestión de su energía y su voluntad. Pero la doctrina del monotelismo (la creencia de que Cristo tenía una sola voluntad) provocó una gran oposición tanto en Bizancio como en Occidente, sin que, por otra parte, lograra ganarse a los monofisitas.

La búsqueda de definiciones teológicas más claras pudo haber recibido un ímpetu añadido gracias a la expansión del islam, que vino a socavar la confianza de los bizantinos. Aunque condenaban como herejía la nueva revelación del islam, las autoridades cristianas de Constantinopla se preguntaban inquietos por qué Dios permitía a los infieles ganar tantas batallas. Sin embargo, el esfuerzo por reintegrar a las iglesias monofisitas a la comunión con Constantinopla se vio debilitado por la conquista musulmana, que de hecho se apoderó de los territorios que respaldaban a la jerarquía de iglesias y obispos rivales. Muchos se convirtieron al islam. A otras comunidades cristianas que permanecieron fieles a Constantinopla se las identifica a veces como *melquitas*, por el término sirio que significa «imperial». Bajo el islam, todos estos grupos cristianos estaban protegidos (*dhim-*

mi) y tolerados. Poco a poco fueron adoptando el árabe como su lengua litúrgica, y muchos de ellos han sobrevivido hasta nuestros días, por ejemplo, en Palestina y el Líbano.

La campaña oficial para imponer el monoteísmo llevó a la persecución de los oponentes ortodoxos. Máximo el Confesor, un monje bizantino, y el papa Martín I fueron llevados a Constantinopla, sometidos a juicio y luego proscritos. El Papa murió en el exilio en Jersón, a orillas del mar Negro, mientras que Máximo fue mutilado y luego trasladado de prisión de un castillo a otro, sufriendo grandes privaciones. Sus escritos dejan constancia de esta debacle teológica, en la que participó el papa Honorio, además de varios patriarcas de Constantinopla.

El monotelismo fue finalmente condenado en el VI Concilio Ecuménico, convocado por Constantino VI en 680. El propio emperador presidió muchas de las sesiones, en las que se analizaron y finalmente juzgaron incorrectos los textos aducidos en apoyo de la teología de la voluntad única. Constantino ordenó que se quemaran todas las copias de aquellos escritos, con la sola excepción de un ejemplar, que se guardaría bajo llave en la biblioteca patriarcal de herejías. Este procedimiento confirmaba el papel vital de la Iglesia a la hora de respaldar la estructura imperial de gobierno. Por su parte, los emperadores ortodoxos utilizaban los concilios eclesiásticos para consolidar su propio dominio dinástico.

En 692, Justiniano II convocó otro concilio, normalmente denominado *in Trullo* porque se celebró bajo la cúpula (*troullus*) del Gran Palacio, para revisar el derecho eclesiástico. Esta reunión de 211 obispos, entre los que se incluían representantes de los cinco grandes patriarcados, promulgó 102 cánones destinados a imponer definiciones más coherentes de la creencia y a actualizar las regulaciones de cara a una conducta más uniforme. Entre ellos se incluían la condena de muchas actividades precristianas, como la celebración de las Calendas (el Año Nuevo) y la festividad del Primero de Marzo, con bailes públicos realizados por mujeres, travestismo y uso de máscaras teatrales; la invocación a Dioniso al pisar las uvas; la predicción del futuro por parte de osos y otros animales, o por parte de videntes, hechiceros, proveedores de amuletos y adivinos que pre-

tendían predecir la fortuna, el destino o la genealogía. Aparentemente estaba resultando difícil erradicar las viejas tradiciones.

El concilio también legisló por primera vez sobre el arte religioso: el canon 100 decretaba que no podía exhibirse ninguna clase de arte que pudiera suscitar sentimientos lascivos, mientras que el canon 82 prescribía que había que retratar al Salvador en su forma humana, como hombre encarnado, en lugar de utilizar el antiguo símbolo cristiano del Cordero de Dios. El primero podía aplicarse a los iconos de dioses y diosas paganos, así como a los retratos de prostitutas y concubinas, que decoraban muchas ciudades, junto con unos versos en los que se describían sus habilidades. El segundo influyó de inmediato en la producción de iconos religiosos, que a menudo eran pintados por monjes. Esto se vio reforzado asimismo por la nueva y revolucionaria moneda de oro acuñada por Justiniano, que mostraba el rostro de Cristo en el anverso, mientras que relegaba el retrato del emperador al reverso (láminas 11a y 11b). Se acuñaron de dos tipos distintos: en el primero se representaba una imagen de Cristo con barba, mientras que en el segundo aparecía más joven y con el pelo corto y rizado; ambas imágenes familiares gracias a los mosaicos. Los pintores de iconos habían desarrollado ya el primer estilo, que actualmente se conserva en un magnífico ejemplo en el monte Sinaí. El hecho de que el Concilio *in Trullo* se sintiera obligado a abordar estas cuestiones artísticas sugiere que estas estaban adquiriendo una mayor significación como resultado de los crecientes contactos con el islam. A la luz de los continuos éxitos militares de los árabes, la acusación de idolatría referida al culto a los iconos tenía cierta resonancia, ya que los musulmanes observaban la prohibición de los ídolos del Antiguo Testamento.

Aunque Justiniano II representaba la cuarta generación en la familia de Heraclio, en 695 fue derrocado por un golpe militar y exiliado a Jersón. Pese a la mutilación de la nariz y la lengua —cuyo objetivo era evitar que gobernara de nuevo—, logró sobrevivir y regresar al poder con una nariz postiza de oro y utilizando a un intérprete para que hablara por él. Luego trató de asegurar la sucesión de su hijo, Tiberio; pero su segundo reinado, de 705 a 711, estuvo marcado

por tal nivel de crueldad y de venganza contra sus enemigos que toda la familia acabaría siendo asesinada en otro golpe de Estado.

Pese a ello, durante el período inicial de la amenaza islámica, Bizancio experimentó un sentimiento de continuidad y fortaleza derivado de la dinastía fundada por Heraclio. Aunque hubo varias crisis, una misma familia imperial ejerció el poder desde 610 hasta 695, y proporcionó una sucesión más ordenada de padres a hijos, lo que contribuyó a asegurar al imperio en su transformación de un estado antiguo a uno medieval. En Constantinopla, el Senado demostró su importancia asumiendo la responsabilidad en los momentos de crisis. Hizo el llamamiento a Cartago que salvaría a Bizancio de una administración caótica; se erigió en el más alto tribunal cuando se juzgó al papa Martín y a otros acusados de herejía; evitó que Constante II se llevara a su familia a Occidente, y proporcionó los experimentados patricios que negociarían los tratados diplomáticos. Sin embargo, el Senado fue incapaz de contrarrestar las ambiciones generadas por los jefes militares rivales que entre 695 y 705, y de nuevo entre 711 y 717, vinieron a usurpar su influencia. Esta nueva base de poder, basada en los temas, destruyó la autoridad civil del Senado y vino a potenciar a los soldados que competían por imponer a sus propios candidatos a emperador.

Bajo el embate del islam, el imperio se vio reducido a un estado medieval mucho más pequeño, identificado por su compromiso con las tradiciones imperiales romanas, el cristianismo ortodoxo y su herencia griega. Asimismo, adoptó el gobierno dinástico como una forma de fortalecer su nueva administración. Al resistir a los árabes, los bizantinos sostuvieron el cristianismo en el Mediterráneo oriental y frenaron la expansión del islam en Asia Menor. Desde esta base, extremadamente limitada, iniciaron la conversión de las tribus eslavas, que habría de tener trascendentales consecuencias. Pero el principal logro de la nueva Bizancio medieval fue evitar las tentativas musulmanas de tomar Constantinopla, lo que habría abierto el camino hacia una rápida conquista de los Balcanes, la Europa central y, probablemente, la propia Roma.